

Emporaron por entonces las cosas.
El rey de Aragón en persona con un fuerte ejército invadió el reino de Murcia, cuyas villas y castillos por consejo de sus habitantes, que eran catalanes, se le entregaron, á excepción de Jorca, Alcañ y Jéula, es que habitaban castellanos.
Al mismo tiempo el rey de Castilla hacía una fuerte guerra en la frontera, resistido por don Alonso Ferrer de Guzmán, invencible que mantenía á raya á los nublados á pesar de que no le sobraban fuerzas.

Entre tanto los infantes don Juan, don Pedro y don Alfonso que tenían cercada la villa de Mayorga, viendo que no la podían tomar, enviaron mensajeros al rey de Portugal pidiéndole que viniese á ayudarles.
Y el rey de Portugal no considerando el riesgo que tenía con el rey de Castilla y la pleitesía de ayuntamiento y de la que se había tomado las villas de Murcia, Jorca y Alcañ, sin detenerse se pasó en marcha con tanta celeridad para ir á ayudar á los que carecían de socorro, como quien quisiera separar los ramos de Castilla y de Aragón, para ir á ayudar en el reino de Portugal.
En tal estado estaban las cosas á principios del mes de agosto.

CAPITULO II.

EN QUE EL AUTOR RETROCEDE EN SU RELATO, PORQUE ASÍ LO RECLAMA LA CLARIDAD DEL ASUNTO.

I.

El sitio de Mayorga continuaba con grande encarnizamiento: á medida que la hueste aragonesa menguaba por las continuas bajas, se aumentaba el empeño de sus capitanes.

Las escaladas se repetían, inútiles siempre.

Las máquinas combatían en vano aquellos gruesísimos muros construidos con fragmentos de pedernal, como se ven ahora en los restos que de ellos quedan.

La peste negra que vagaba por Castilla, había empezado á diezmar el campo aragonés, aconteciendo el fenómeno de haber respetado á los habitantes de la villa.

Teníase esto á milagro; se atribuía, tanto el que las acometidas de la numerosa hueste enemiga fuesen inútiles, como el que solo entre ellas se cebase la peste, á las rogativas de los frailes, á las oraciones de las monjas, y sobre todo á la decidida proteccion que el cielo dispensaba á la reina doña María.

II.

Zayda Fatima estaba tanto dentro de la villa defendiendo sus muros, como fuera acometiendo los campos enemigos ó protegiendo la entrada de vituallas.

Tampoco en los soldados de Zayda Fatima habia un solo caso de peste, pero sí muchos de traicion.

Con frecuencia, Zayda Fatima se veia obligada á ahorcar á alguno ó á algunos de sus soldados.

Llegó el caso de que no pudiese reposar sin una fuerte guardia.

Generalmente, mientras Zayda Fatima dormia por un breve espacio, velaba en su tienda el conde don Lope.

III.

Las asechanzas contra Zayda Fatima venian desde el principio del sitio.

Consistia esto en una conversacion que tuvo el infante don Juan al amanecer de aquella noche que pasó en el campamento de Zayda Fatima con Gutierre Mesa, que fué el encargado de poner al infante en libertad.

—Y bien, le dijo el infante; ¿qué ha pasado esta noche en el campo?

—Pasar, nada: han estado aquí presos, como vuesa merced, una dama y dos caballeros; la dama se ha ido al amanecer con sus dueñas y sus criados, honradamente acompañada por gente del campo, y los otros dos caballeros, al uno se lo ha llevado preso con veinticinco lanzas mi compañero Miguel Ceballos, y

al otro, de órden del capitan, le eché yo fuera: y ¡qué aprensiones tenia el tal señor! ¿pues no se le puso en la cabeza que mi capitan era mujer?

—¡Bah! dijo el infante, que tenia una gran serenidad y ocultaba profundamente lo que sentia: ¡mujer vuestro capitan! es necesario estar loco para pensar en esto. ¿Y quién era ese señor que levantaba á vuestro capitan tal calumnia?

—Un jóven muy buen mozo y muy ricamente vestido, que á lo que creo es paje de la reina.

—¿Y qué motivos tenia ese señor para creer mujer á vuestro capitan?

—Manías; como no fuera porque mi capitan es muy jóven y muy hermoso, tan hermoso como pudiera serlo una mujer, y porque tiene unos ojos negros que encantan; pero eso es que Dios ha hecho muy buen mozo á mi capitan.

—Teneis razon, dijo el infante; lo que vuestro capitan ha hecho y está haciendo no es de mujer, sino de hombre y de muy hombre. ¿Y qué mensaje traeis para mí?

—Que vuestra merced puede irse á Valladolid cuando quiera, y si desea que se le resguarde se le resguardará.

—Me basta con mis escuderos, contestó el infante.

—Y con los del rey, que aún están ahí, contestó Gutierre Mesa.

—¡Cómo! pues qué, ¿su señoría no está en el campo? dijo el infante.

—No señor, se fué ya despues de la media noche con el caballero Sin nombre.

—¡Ah! ¿y dónde estaba el caballero Sin nombre que yo no le he visto?

—Andaba fuera.

—Decidme, amigo: el caballero Sin nombre ¿suele ponerse hábito benedictino?

—Sí señor, contestó Gutierre; eso lo sabe todo el mundo; y cuando no se pone el hábito benedictino, se pone una sobrevesta de luto, porque es de lana blanca sin ningun otro color ni adorno.

—Y decidme, porque creo yo conocer al caballero Sin nombre: á ese caballero ¿le falta la mano derecha?

—Yo no sé decir á vuesa merced si le falta ó no, porque yo nunca se la he visto; la tiene siempre escondida bajo la manga del hábito ó de la sobrevesta.

—Entonces no es quien yo creo, dijo el infante.

—Nada tiene de estraño, dijo Gutierre Mesa, que al caballero Sin nombre le falte la mano derecha, porque ha debido estar en muchas lides; dígolo, porque cuando monta á caballo parece un grande hombre de armas.

—De esos los hay por todas partes en Castilla, y vos teneis trazas de serlo muy bueno.

—Como que me he hallado en mas de treinta batallas campales, y siempre, dicho sea en buen hora, he salido de ellas sin que el hierro me toque á la carne.

—Suerte habeis tenido.

—Llevo yo siempre un escapulario de la Virgen del Cármen, y tengo en él tal fé, que con él sobre el pecho iria á meterme sin miedo en el infierno. Pero como decia, tan buena pinta de hombre bravo y de buen capitán tiene el caballero Sin nombre, que no cuesta trabajo creer que en algun lance apretado le echaran la mano al suelo.

—Puede ser, puede ser que en algun lance apretadísimo le aconteciese esa desgracia. Pero vamos: puesto que vuestro capitán me despide de este modo, soltad á mi gente y á la del rey, y conducidme hasta la poterna, á fin de que me la franqueen: vuestro capitán debe de tener en vos una gran confianza, porque pareceis muy leal.

—Teneis razon; por nada del mundo venderia yo á mi capitán.

—Como no fuera que le vendiérais sin pensarlo.

—Estad seguro de que no, ni en sueños puedo yo pensar en una traicion; yo no vendo á aquel cuyo pan cómo, ni soy como esos señores que se rebelan cuando el rey no les da lo que quieren, y que para servir á su señoría necesitan que se les pague á peso de oro.

—Teneis razon, dijo el infante; hombres leales como vos son inapreciables: vamos, vamos, que ya entra bien el dia y deben estar abiertas las puertas de la villa.

IV.

Algunos minutos despues, el infante, acompañado de Benavides, y seguido de sus hombres y de los del rey, salia del campo, y por un mal caminejo se dirigia á Valladolid.

—¿Sabeis, Benavides, dijo el infante, que esta noche han sucedido cosas estraordinarias?

—Ya lo creo, señor infante, contestó Benavides. ¿Dónde está el rey? Paréceme que no habrán querido quedarse con su señoría esos capitanes.

—El rey ha vuelto solo esta noche á Valladolid con el caballero Sin nombre, dijo el infante.

—¿Y cómo es que su señoría ha arrostrado por dar su nombre para que le abran las puertas de la villa, cuando mostraba tan viva repugnancia á ello?

—Al rey nos le han vuelto, Benavides.

—¡Bah! la Palomilla tiene mucha fuerza para con su señoría, el rey la adora, y ella ha sabido manejarse de tal modo, que hará del rey lo que quiera.

—Sin embargo, Juan Alfonso, dijo el infante, el rey puede haber encontrado alguna otra hermosura mas incitante que la de doña Juana.

—¿Y cuál, si gustais, señor?

—¿Os acordais de doña María de Granada?

—¡Oh, Dios mio! exclamó Benavides: ¡la infanta mora! ¡la amiga de la reina!....

—La misma.

—Hermosísima, sobre todas las hermosuras que he visto, señor infante; pero doña María desapareció: hay quien cree que su padre el rey de Granada, que la adoraba y que la habia malde-

cido por su fuga, envió emisarios sagaces que, á lo que se cree, supieron apoderarse de ella y llevársela á Granada: tal vez á estas horas, la pobre infanta esté encerrada en alguna torre de la Alhambra, si no es que en su furor la ha matado su padre.

—Ni está encerrada, ni muerta, ni mucho menos en Granada, dijo el infante, sino libre y campando por su respeto en estos reinos de Castilla.

—¿La habeis visto, señor?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el campo de donde acabamos de salir.

—¿Ah! se enamoró tal vez del caballero del Aguila Roja y se escapó con él. ¿Quién habia de creer esto de la zahareña virtud de doña María?

—Nada tiene de estraño, contestó el infante, que doña María ame con toda su alma y sobre todas las cosas al caballero del Aguila Roja, porque lo primero que en este mundo amamos, es á nosotros mismos.

—¿Qué es lo que quiere decir vuestra merced? exclamó maravillado Juan Alfonso Benavides.

—No quiero decir, sino digo, contestó el infante, que el caballero del Aguila Roja y doña María de Granada son una misma persona.

—¿Tanto se aman!

—No seais torpe, Benavides; voy á esplicarme clarísimamente: el caballero del Aguila Roja no es hombre, sino mujer, y esa mujer es doña María de Granada.

—¿Imposible! exclamó Benavides: los soldados del campo, con quienes he hablado, cuentan de su capitan cosas terribles, cosas que hacen de él un hombre formidable.

—No hay nada mas valiente, ni mas fuerte, ni mas cruel que una mujer cuando se olvida de su sexo, dijo el infante: á mas de eso, los moros crían á sus hijas de una manera brava, y tanto mas, cuanto son de mejor linaje. Dios os guarde de una mora granadina; están acostumbradas á la sangre: era necesario que viéseis vos unas fiestas en Bibarrambla: se rejonean toros;

perecen mas de cuatro caballeros en las terribles astas, sin que ninguna dama empalidezca; las cañas producen encuentros formidables, caidas de hombres que son hollados por los caballos; con mucha frecuencia se ven pasar por la ciudad los heridos y los muertos de algun combate contra los cristianos. Estos espectáculos de sangre hacen muy bravas á las mujeres granadinas: además, los moros nobles llevan á sus hijas á la montería, y con mucha frecuencia acompañando á su harem, á la guerra: los moros de por acá no son como los de la otra banda: en Marruecos, la mujer está encerrada, y si sale alguna vez á la calle, siempre despues de haberse casado, va cubierta de los piés á la cabeza, revuelta esta con la toca y sin dejar ver mas que un ojo, y aun así á medias: las granadinas entran y salen, llevan el semblante descubierto, se van á los cármenes á solazarse y estar en ellos mezcladas con los hombres, asisten á las zambras y van á las mezquitas; viven, en fin, como nuestras castellanas, porque de la misma manera que hemos tomado nosotros costumbres suyas, ellos han tomado costumbres nuestras.

—Gran maravilla seria que vuesa merced no se hubiese engañado, dijo Benavides.

—Tan no me he engañado, le respondió el infante, que veo que el rey se ha enamorado de doña María de Granada, y nos ha hecho completamente inútil á doña Juana Nuñez. Pero ved que llegamos á la puerta de Nuestra Señora. Procurad sacar de los guardas si ha entrado esta noche por aquí el rey, si no porque os lo digan, por la manera con que os lo nieguen: yo sigo delante y os espero en mi casa.

Y entrándose el infante con los suyos por la puerta de Nuestra Señora, dejó en ella con los del rey y harto pensativo á Benavides.

V.

—¿Quién ha entrado por aquí esta noche despues del toque de queda? dijo de improviso Benavides á uno de los guardas,

con la autoridad que le daba su privanza con el rey, que todos conocían.

—Nadie, señor, contestó tan naturalmente el guarda, que Benavides se convenció de que nadie había entrado por la puerta de Nuestra Señora.

Siguió adelante, llegó al Alcázar y se metió en el cuarto del rey.

—¿Y su señoría, Sandoval? preguntó á uno de los camareros.

—Está durmiendo, contestó Sandoval; hace poco entré á ver si la lámpara lucía bien, y su señoría dormía profundamente.

—¿Pues por dónde ha entrado su señoría en el Alcázar? dijo para sí Benavides: que el rey entrase en Valladolid por cualquiera de las puertas y valiéndose de alguna industria, no lo extraño; pero estoy seguro de que el rey no daría su nombre para que le bajasen el puente, á la puerta del Alcázar, porque al toque de queda se llevan las llaves á su señoría la reina, y sería necesario ir á pedírselas, á lo cual de seguro no se espondría el rey. ¿Qué es esto, Señor, qué es esto? No lo entiendo; lo que entiendo es que esto basta para volver loco á cualquiera; porque pensar en que la reina puede tolerar trasnochos y malas costumbres del rey, es pensar en lo imposible; esto es de todo punto extraño: ¿qué habrá aquí?

Y Benavides se aturdió como todos los cortesanos, cuando ven en el palacio de sus señores algo que no se explica por sí mismo.

CAPITULO III.

EN QUE SE VE Á CUÁNTOS PELIGROS ESTABA ESPUESTA ZAYDA FATIMA.

I.

Aquel día supo don Juan que don Diego Lopez de Haro, su pariente por parte de su mujer, y su hermano don Juan Alfonso de Haro, y don Juan Nuñez de Lara, y don Nuño Gonzalez, habían desaparecido, poniendo fuego á sus campamentos del Campo Grande y del Puente Mayor.

Envió á sus servidores á todas las puertas de la villa, y resultó que por ellas, desde el toque de queda al toque de alba, no había entrado nadie.

Envió espías al campo del caballero del Aguila Roja, y los espías volvieron y le dijeron que aquel campo había sido abandonado, que habían desaparecido las tiendas, que ardían las barracas, y que se podía pasear libremente dentro de su estacada.

Esto significaba que todo el mundo se ponía en movimiento para tomar parte en la lucha.